

ANTE LA TUMBA DEL GENERAL SANTANDER

Discurso del Ministro de Relaciones Exteriores, en el Cementerio de Bogotá.
el 6 de mayo de 1940.

Por LUIS LÓPEZ DE MESA,

En 1810 y en Santa Fe del Nuevo Reino de Granada, un mozalbete de 18 años entró al servicio de las armas en pro de la independencia política de las colonias españolas de América. Nueve años después regresó a la misma, entonces pequeña, taciturna y remota urbe andina, con el grado de General de División de los Ejércitos Libertadores y la augusta misión de organizar la república naciente. ¿Qué tenía en sí y qué hizo de suyo este varón de la estirpe colombiana para escalar tan pronto aquellas altas cumbres?

El mozo imberbe aún que pasaba inadvertido por las callejas del villorrio neogranadino de entonces, en busca de las rancias normas de su gente que en los claustros de San Bartolomé escanciaban algunos entusiastas preceptores de derecho, abrigaba, bajo su vetusta capa gris de estudiante poco adinerado, la más compleja urdimbre de influencias atávicas que puedan estructurar un temperamento en trance de heroísmo; hasta donde las genealogías tocan la linde nebulosa de la verosimilitud, tres continentes aportaron en él su signo arcano: Asia, genitora de religiones y de epopeyas delicuescentes de la personalidad, a la vez caótica y profunda; Europa, maestra de la medida, la ponderación y el equilibrio, crítica y pragmática por ende, y América, la América de entonces, enalbardada de elaciones juveniles. Tal vez le dio la una la previsión económica y el juicio sutil; tal vez de la siguiente tuvo la suprema discreción con que valuaba las empresas de los conductores de su generación; quizás de la última recibió el ímpetu reformador de instituciones.

¿Quién podrá saberlo? Enhiesta la apostura señorial, traducía acaso huellas de sangre de los monarcas de Navarra y de los reyezuelos de América, conjugadas en él para empresas de valiente magnitud, mientras que el ojo gris del nórdico europeo escrutaba, encajado entre pómulos salientes de la raza aborigen, como si Ruy Díaz de Vivar, progenitor lejano, iluminase la suave estirpe de su remota abuela la cacica de Suba.

Hombre americano, estuario confuso de razas y de ideas; mirando una muchedumbre cualquiera de nuestras naciones de este hemis-

ferio, de las llamadas latinas sobre todo, se advierte que aún no definen la fisonomía racial, que antes bien ofrecen al observador un abigarrado conjunto de facciones de disímil procedencia, y lo que más impresiona mi criterio, que cada uno de esos rostros parece inacabado, indeciso de forma, a la manera de un mosaico de líneas sin asociación de linaje, aunque sean agraciados y seductores a veces. Así también lo son en su carácter, en su sensualidad y en su ideología, por donde nos viene el que aún no hayamos concebido una cultura propia, seamos tan difíciles de gobernar, tan escépticos, tan críticos e individualistas. Anarquía biológica en que los elementos, como en las matrices en que se va a fundir y definir el bronce, andan yuxtapuestos nada más y sin núcleo de gravedad común.

Santander fue en lo físico de tales índole y prosapia, y por ende un criollo neto, fundamentalmente representativo de esta Hispanoamérica amable y confusa, mas no en el alma, ella sí estructurada reciamente en normas definidas de conducta propia y de gobierno.

Llegado al mundo en el preciso lindero de Venezuela y de Colombia, es no obstante el más neogranadino de nuestra familia: no revela el ímpetu guerreador de nuestros hermanos de oriente ni su nítida franqueza, sino el continente reposado y la suave cortesía que esconde el análisis sutil tras la sonrisa indefinible de las comisuras labiales o del ojo, apenas centinelas de dilatados espacios interiores de pensamiento y de sentimiento; no el abundoso decir alegre del hombre litoral, sino la frase persuasiva que asciende en espirales hacia una más recóndita interpretación o gracia elíptica.

Debióse ello, sin duda, a que esta Santa Fe del Nuevo Reino lo tuvo consigo de los trece a los diez y ocho años, período cardinal para la formación de los sentimientos sociales, y lo tuvo en disciplinas de literatura y derecho, tan de su índole, y aún lo cobijó en lo más extraño de su entidad, bajo el techo bartolino y ese quietísimo barrio de La Candelaria de entonces y de ahora.

Acaso la trova picaresca y el hábil puntear de la guitarra recordaran en aquellas mocedades incipientes el ardoroso valle nativo, como, años después, la añoranza de más laureles en lucha heroica, removía en ocasiones fugaces la soterrada semilla tachirense.

Mas nada pudo desvirtuar el sello de los claustros lectivos: consigo llevó a la ardorosa planicie del Orinoco, alma adentro, tempranamente estructurada y fiel, la norma del espíritu. En aquel huracán centauro de lanceros no pugnó por descollar en actos de alocada valentía, a cada paso y en cada hora, pero acompañó ecuánime sus deberes de soldado con la medida de la oportunidad eficiente, jugándose la vida cuando el triunfo podía equilibrar su sacrificio en aras de una finalidad superior.

En ese ambiente de cárdenos destellos deslumbrantes y suicidas, su genio irradiaba la apacible luz de orientaciones futuras, tan heroico en su tenacidad persuasiva como un faro en escollera calamitosa de los mares. Quieren los hombres de alma elemental ver sólo el heroísmo cuando parte el sol con el pálido enigma de la

muerte, sin detenerse a valorar el coraje mayor que se requiere para domeñar la vida y sujetarla al servicio de los hombres en las silenciosas lides del espíritu.

Aquel adolescente no equivoca entonces la meta orientadora de la revolución: mira en torno suyo, estudia hombres, mide obstáculos y distancias, otea el horizonte agresivo de la naturaleza en que vive, planea la estructura social futura de aquel turbión de proyecciones dispersas, y tiene la insólita reciedumbre de no sucumbir al desorden espiritual de hazañas y cuarteles.

La llanura inhospitable parpadea con el fuego de su sol. Se hincha el cauce de los ríos. Rugé la fiera en la urdimbre próxima del bosque ribereño. Tiembla de fiebre el cuerpo mal nutrido. Y mientras que los avezados llaneros se tienden casi exhaustos en sus hamacas de moriche, el joven general neogranadino repasa lentamente, paladeándolas, cotejándolas con la vida, proyectándolas a un próximo futuro, las enseñanzas de la historia, de la sociología y del derecho, en libros que defiende avaramente de las inclemencias de aquella desolación tropical.

Que nadie lo dude, porque sería pecado de ineptitud: si de aquellas lanzas que llamaron al sol de cuatrocientas batallas casi inverosímiles surgirá luego la victoria militar de la emancipación indioamericana, de este llamado y hasta vilipendiado heroísmo del estudio nos vendrá en su día y a su hora la dignidad de la organización civil y cultural de la república.

No es la grandeza espectacular de las acciones humanas, efímera a veces, sino la fecundidad de sus proyecciones futuras, lo que hay de heroico en su virtud histórica; Boyacá pudiera aparecer ante los tácticos y estrategas como una escaramuza de escaso predicamento militar, si la juzgamos aisladamente; no tuvo la trágica fiera de Carabobo, ni de Pichincha el peligroso despliegue, ni la audacia y grandiosidad impresionantes de Ayacucho, y es, con todo, superior a ellas, batallas decisivas de la emancipación, porque de su lumbre nacieron. Tal así, este joven general no encandila la admiración feminoide de las multitudes esguazando ríos desbordados, jineteando potros cerros, alanceando escuadrones de muy valientes enemigos. Pero se hace conductor de una época, caudillo de una patria, héroe de humanidad, cuando señala, y quédase inmutable en su designio, la ruta cordillera del triunfo; cuando recoge un país deshilachado y le infunde unidad administrativa; cuando sirve de áncora y centro de gravedad a la empresa azarosa de los libertadores del sur. Allí y en esa hora, sus pálidas pupilas fijaron la linde y el *non plus ultra* de la hazaña guerrera, y sofrenaron el ímpetu un minuto antes del vuelco irreparable. ¡Si sería o no grande este nauta insomne!

Al recordar esa generación juvenil, adolescente aún en ocasiones, que sin escuela ni tradición ni inmediato guía espiritual apechó con obras de guerra, de administración civil y de cultura que en afortunadas épocas superan la habilidad de los ya experimentados y proyectos, piensa uno en misericorde ley de suplencias geniales y en

este cruel destino de la normalidad que a los humanos lleva a morir con virtudes ineluctablemente ocultas e inertes. ¿De dónde hubo Bolívar aquel insuperable apóstrofe del terremoto de Caracas? ¿En qué academia militar previése nunca lo que Páez realizó en las Quezeras del Medio? ¿Gramática alguna o léxico siquiera podría traducirnos el lema campeador de Córdoba en las colinas de Ayacucho?

Tal así, el universitario Francisco de Paula Santander llegóse un día de su mocedad al solio de los gobernantes de Colombia, y estructuró una república donde habían dejado un yermo la impericia de los unos y la crueldad de los otros.

Le era necesario reducir a un común denominador legal provincias inconexas y remotas, caudillos aberrantes, mesnadas inconscientes, intrincadas pavura y rebeldía en ayuntamiento deletéreo, y en obra de semanas ordenó el caos y le alumbró un destino: hubo dondequiera autoridad normativa, institucional y personal; surgió de aquella nada una hacienda pública; instituyó instrumentos de cultura en tal orden geográfico, que para siempre quedaron definidos; arduamente desbrozó las rutas de una política internacional; abasteció contra imposibles las huestes libertadoras, allá en el sur, y a su estirpe regaló con este legado honroso de una democracia para siempre indisoluble, a pesar de los vaivenes de la pobreza y la ignorancia, a pesar del escarnio de la colérica animadversión y a pesar de las imprecaciones de quienes ignoran, por reposar en su seno gentil, qué cosa dura es el no tenerla y cuán acedo el trance de su eclipse.

Emplazo a las nuevas generaciones a considerar, no el hecho apenas, sino la penuria y asolación ambientes de que el estadista colombiano hizo surgir aquella fábrica de nuestra nacionalidad. Para administrar su dilatado territorio no existían aún cincuenta hombres capaces de un gobierno provincial siquiera, y para legisladores y ministros del despacho ejecutivo, para diplomáticos y rectores de la economía nacional, para institutores del saber y pastores de la Iglesia, tenía que turnarse una docena de conductores improvisados en aquel certamen inverosímil de repentina adaptación republicana. Cada uno de ellos había de pasar de un extremo a otro del país, de una jurisdicción a otra jurisdicción, de los mismos apacibles altares de la fe al crudelísimo batallar de las guerrillas, del candor provinciano y la impaciencia colonial a las sutilezas y aristocracias de las refinadas cancillerías de Europa. Y con todos ellos, consejero desvelado, ponderación cimera, este joven estadista de los claustros de San Bartolomé.

Gobernó sin hombres aptos aún, administró sin adecuada tradición, emprendió sin recursos fiscales ni bases económicas, ordenó el caos de las dispersas poblaciones, dio un sentido de patria a ignaras muchedumbres, alzó, en fin, desde aquella hondonada del no ser a la sede augusta de la historia universal, un pueblo libre, encauzado en las normas del espíritu, consciente de su misión y de sus deberes. Los que hemos luchado rudamente por conducirnos a nosotros mismos en solo discreta vida personal; los que hemos luchado infruc-

tuosamente por implantar alguna leve reforma del ambiente; los que hemos asistido al empinamiento y derrumbamiento inmediato de tantas instituciones, innovaciones y revoluciones que hombres audaces, geniales aún, emprendieron, nos descubrimos con lealtad de criterio y corazón humilde ante este conductor de pueblos que a sí mismo se formó en la poquedad de sus recursos, y la cultura organizó en la poquedad de su ambiente, y la administración política definió y condujo en más aflictiva poquedad, y de todas esas poquedades hizo nacer una patria que hoy, ennoblecida de grandes recuerdos y elevadas ambiciones, aquí está al pie de su efigie bendiciendo su memoria, después de un siglo de revaluación y de combate.

Este que arroja su juventud, endeble todavía, al tumulto y desorden espiritual de los cuarteles y quema su sangre en la inmisericorde agresividad de las pampas y selvas del trópico, no pierde el rumbo moral ni se rinde a la incuria fácil, antes bien, en regresando, toma con devoción suprema y uno como deleite entrañable, el fundar, dotar y sostener semilleros de cultura para que las nuevas generaciones se eduquen en función de patria, para que puedan hombrarse con los privilegiados de otros países y aún, ya lo supo bien amargamente antes de morir, aún criticar su obra y maldecir eruditamente de sus empresas con el mismo arsenal que les deparó o les amparó su espíritu.

El no agostó su potencias en la hornaza alucinadora del triunfo, ni perdió ecuanimidad ante los gajes deleitosos del prestigio; continuó estudiando para servir más aún a Colombia, encauzando su espíritu hacia la madurez institucional y la ecuanimidad de los anglosajones, para dotarla de algunos elementos de ponderación que así, ejemplarmente, equilibraran su índole. De él arranca esta vocación de los estadistas colombianos continuadores suyos, que observaron la trayectoria del pueblo inglés y sus normas de vida pública meditaron para cotejarlas con la fecunda tradición hispano-romana, que recibimos del conquistador ibero, y los entonces nuevos rumbos de la Revolución Francesa. Por eso, caso magnífico en la historia de América, su cadáver fue honrado en cámara ardiente en el mismo salón universitario en que recibió la consagración jurídica, cual si quisiese rendir cuenta a la sabiduría de la fidelidad con que guardó sus fueros. Cerrando en arco iris la trayectoria de su estudio, allí donde vivió su primer día para el derecho, durmió su primera noche de eternidad.

Con gratitud de herederos y pasmo de admiración solemos contemplar los hijos de la jornada emancipadora el áspero derrotero meridional que los guerreros de Bolívar y de Sucre iluminaron de victorias, sin parar mientes, injustos por ello, en el callado y nunca menos eficaz heroísmo de quien acá en la cumbre andina libraba la batalla cotidiana de avituallar sus huestes y reforzar su número. Si cortásemos por simple imaginación aquel engranaje de los esfuerzos, los dos inverosímiles de dificultad y de grandeza, veríamos un derrumbamiento donde surgieron con su asociación feliz las dianas del

triunfo. Sino que la hermosa llamarada de las epopeyas deja en sombra el mismo combustible que las nutre y agiganta.

Pecaminosa injusticia ciertamente. Porque a los unos, y está muy bien, se les cantó el hosanna, y los laureles temblaron de gloria en sus frentes juveniles; pero a los otros se les destiñó con olvido cruel y sospechas infamantes. ¡Cuántas veces he pensado en la grandeza de un silencio de Eccehomo que en duros trances guardó este joven magistrado de Colombia. . . .! “Debemos hablar y obrar como si individualmente no hubiéramos sufrido ultraje alguno”, dijo en ocasión suprema, cual si prolongase la voz augusta del gran Marco Aurelio.

No vemos ni queremos ver el heroísmo económico de la magna guerra. Yo lo sé y lo digo sin ambages ni cobarde dubitación: aquella estructura soberbia de la Gran Colombia estaba vencida por los cimientos, pues que sólo disponía de dos pesos anuales de renta para libertar, administrar y defender cada kilómetro cuadrado de su vasta superficie. Este es el milagro de Santander y esta la causal ineludible de la subsiguiente disolución de la Gran República. Amén de la ambición, de la vanidad y circeana demencia de muchos egregios capitanes de entonces, cuya grandeza fue tanta, sin embargo, que aún los amamos, a pesar de su nefasta e irreparable locura.

En esfera más enmarañada aún de dificultades, se perfila avizor y seguro de su propio pensamiento el gobernante Santander, cuando la miramos en su actuación internacional. No es posible rememorar en esta hora y este sitio el pormenor de múltiples empresas con sus colaboradores insignes, insignes sin hipérbole, un Vergara, un Gual, un Torres, un Mosquera, un Pombo, un Sánchez de Tejada, que en esfuerzo inmensurable consolidaron con gestiones tenaces, inteligentes y sutiles, la obra de los libertadores, y hasta engendraron en extrañas gentes planes de victoriosa diplomacia futura. No: me detengo apenas en aquella hora del primer Congreso Internacional de las Américas, que se inició en Panamá en 1826.

Los caudillos de la liberación habían sellado con la gloria de sus jornadas la ruta del sur. En la embriaguez de sus triunfos no sabían detenerse ya, y uno como ímpetu macedónico les arrebatava la imaginación hacia empresas de una desconcertante magnitud, desorbitada y heroica a la vez, maravillosa y frágil: el imperio del Brasil, el Río de la Plata, Cuba y Puerto Rico, la misma remota madre Iberia. . . . No sé qué grandiosa reminiscencia del Faetón de Ovidio se advierte en aquel admirable delirio de portentos. Faetón, el bello hijo de Hefaiostos y Clímene, pide a las horas que le enganchen el terrible carro de fuego de su padre el sol, y a poco más, desbocados los corceles, incendia los espacios, asuela los campos, seca los mares y los ríos, destruye los hombres y todo otro ser viviente, hasta caer hecho cenizas por el rayo de Zeus.

El sesudo neogranadino contempla estupefacto aquella fiebre, y levantando la sosegada voz devuelve a la escueta y discreta realidad la fantasía de los héroes: Colombia no puede más: eriales sus cam-

pos, diezmada su población, vacío el erario público, comprometido el porvenir, grave de amenazas el ambiente.

Mas he aquí que aquellos erguidos triunfadores no se rinden aún a la sindéresis adocenada y trivial. Orientan su sueño hacia una anfictionía iberoamericana con inquietante vislumbre de imperio militar, aportación colombiana de quince mil guerreros y franca hegemonía de los laureles. De nuevo asoma la cabeza apolínea el hijo de Filipo. Y de nuevo el ecuánime estadista colombiano lanza el alerta y define los linderos de la sensatez. Esboza entonces el cauce jurídico de la sociedad americana de naciones en su justa enunciación de "solidaridad con soberanía independiente"; amplía la invitación a Estados Unidos para abarcar así un panamericanismo eficaz; prevé que la gran nación del norte tiene delicada misión útil en este hemisferio; don Pedro Gual y don Manuel de Torres van al lado suyo en esta historia.

*

* *

Y no obstante esta desvelada consagración al bien público y este su criterio comedido y firme, nuestra gente, nuestra democracia, nuestra índole suspicaz y escéptica discute a su eximio conductor, y lo discute con acerbía casi inenarrable por su dureza, crueldad y negaciones. A este hombre profundamente religioso, que en la hora trágica de la muerte exclamó sin embargo: "¡Si hubiese amado a Dios como amé a mi patria!"

Es un hecho que me asombra, pero que no me desconcierta. De él he pensado que a su modo enaltece la libertad de nuestro espíritu, que tal parece como si no quisiera rendir su admiración sino tras dura prueba de comprobaciones implacables. Es un hecho irreverente, pero honroso.

A las virtudes de Santander las ha sometido la opinión pública de Colombia a ordalías que recuerdan el episodio bíblico de Sidrac y sus compañeros, según el himnario de Daniel: Nebuchadnezar, nuestro Nabucodonosor, los condena a ser quemados vivos, y en el horno ya, comoquiera que las llamas los respetan, más y más fuego atizan sus verdugos. En balde también. La caudalosa hoguera se abre en torno suyo como un lirio, y en medio, serenos en la nobleza de su verdad, los protegidos de Yahveh resplandecen más sanos, más iluminados y visibles.

Tal así, el magistrado de Colombia, tras un siglo de contradicciones, ve la pira de su holocausto de ayer convertirse en la apoteosis de hoy, porque su fe y sus obras lo tornaron incombustible y glorioso.

Aquí estamos los herederos de su nombre. Aquí con nosotros la mujer colombiana aporta a su sepulcro la orquídea del amor y del recuerdo. Miles de ramos florecidos abrigarán su tumba, y desde la enhiesta cumbre moral de esta augusta Santa Fe del Nuevo Reino de Granada, ilustrada por él, hasta el remoto confín de las aldeas

límitrofes que él demarcó y defendió, un canto, un sollozo le dicen padre suyo y lo acogen en seno sagrado de ternuras.

En reto injusto, por desmesurado y soberbio, conciudadanos ilustres en varias disciplinas y noblemente adictos a la admiración de las más altas cumbres del heroísmo humano y de la sabiduría, quisieran minorar su memoria comparándolo con Jesús de Nazaret, asombro de la especie; con el nirvánico Gautama; con el más grande de los Julios; con Bolívar, el altísimo señor de nuestra estirpe. . . . ¿Por qué tamaña dislocación del equilibrio histórico? Los hombres tienen su medida en el cometido que les cupo en suerte, y su grandeza se define por la altitud y solidez con que cumplieron su misión espiritual, por la adecuación de sus empresas y el bien granado fruto de sus obras.

A Francisco de Paula Santander lo hemos de contemplar en la Colombia atormentada de sus días y ese báratro de grandezas, de ambición, de incertidumbre y de locuras en que sus coetáneos envolvieron la iniciación de la libertad.

Su hoja de servicios es mirada hoy con laude suprema. Predicó el alcance definitivo de la campaña de Boyacá, y así es; sostuvo la conveniencia de limitar la epopeya del sur a las necesidades de la emancipación, y así es; ideó la solidaridad de América bajo el fuero de nacionalidades libres, y así es; adivinó el sostén que la democracia anglosajona del norte podía prestar a la libertad del Continente, y así es; creyó en la función eximia de la cultura patria, y así es; consideró alocado e injusto el agostar las fuentes económicas del país, y así es; encauzó la república en altas normas de civismo, y así es; nos confirmó hijos de la patria y no sus dueños y dominadores, y así es.

Por todo ello y sobre todo ello, el vicepresidente Santander fue, en aquella hora grande y confusa de la formación constitucional de América, la conciencia jurídica y democrática más firme y eficaz del Continente, y talvez el refugio supremo de los principios que hoy enaltecen y enorgullecen a esta comunidad de naciones del Nuevo Mundo.

¿Qué había en este hombre, y en su vida qué hubo, para que sus propios enemigos se acercasen llorando a despedirlo en su lecho de muerte; qué había en este hombre, y en su vida qué hubo, para que un siglo más tarde las nuevas generaciones vengan a bendecirlo aquí a la margen de su tumba?

¿Avieso y mediocre? Yo me pregunto a la faz de la conciencia colombiana: ¿de qué tamaño fue esta mediocridad que tantas obras inmortales abrigó en su entraña fecunda? . . . ¿Y de qué rara índole aquella tortuosidad que engendró tan preciados bienes?

Este no es un héroe *ersatz*: después de una centuria de su adiós postrero, su grandeza se irgue indeclinable, con decir que nada se mueve ni remueve en Colombia sin que surja su nombre.

Al frente estamos de esta morada de la muerte donde reposan sus cenizas. A esta hora hace un siglo, como el conductor máximo

del pueblo abrahamita, allá en los montes Abarim, el caudillo colombiano invocó, angustiado también, al ángel de la mudez eterna: "Samael, Samael, tengo miedo de ti, tengo miedo de la muerte"

No: no tengas miedo de morir muerte del sentido, sereno conductor, porque vas a vivir en nosotros, depurado de tortura y de tormentas. Samael nada puede contra ti porque si tú, día a día y noche a noche, custodiaste a nuestra madre Colombia, sus hijos custodiaremos ya para siempre tus normas, y tus hechos, y tu nombre.